

## En la Playa

BELÉN

**M**IENTRAS el rabino Samuel, venerable anciano de lengua barba y patriarcal aspecto, explicaba la Ley al pueblo en la Sinagoga, llegó a Nazaret un enviado del rey Herodes llevando el edicto del emperador Augusto, quien ordenaba se hiciese el empadronamiento de todos los súbditos del imperio romano; con orden de que los judíos se empadronasen en su ciudad o pueblo originario.

No pudo disimular el anciano Samuel la contrariedad y repugnancia que le causó la presencia del mensajero, y más aún la publicación del edicto; y hasta se atrevió a censurar la debilidad y cobardía de Herodes, que viendo los vejámenes de que era objeto el pueblo por parte de la orgullosa Roma, jamás alzaba la voz para protestar contra los caprichos y arbitrariedades de Augusto, tan nocivos para los intereses populares.

Pero, ¿qué iba a protestar Herodes, tan inmoral y ambicioso como hipócrita y adulator; qué iba a protestar, si estaba convertido en un muñeco de Augusto, de cuyas manos había recibido la corona?

¡Triste suerte la del pueblo de Israel, el pueblo predilecto de Jehová, de tan brillante historia y gestas tan famosas, que podía contar sus héroes y heroínas por el número de las estrellas del firmamento! ¡Y verse ahora sujeto al férreo yugo de la despótica Roma, que se complacía en ahondar más y más la herida de sus víctimas, con los incansables zarrazos de las águilas imperiales! ¿A qué se debía, si no, la promulgación del nuevo edicto, que tantas incomodidades y molestias iba a causar a millares de pacíficos ciudadanos? ¿No podían éstos empadronarse en los lugares donde residían, sin necesidad de acudir a los pueblos de origen, algunos tan distantes y de tan difícil acceso?

Allí mismo, en Nazaret, vivía José, el humilde carpintero, con su angelical esposa María; quienes en virtud del malhadado edicto, veríanse obligados a emprender un largo y penoso viaje, trasladándose de la provincia de Galilea a la de Judea. Tendrían que salir de Nazaret, y marchar a Belén, ciudad donde arraigaba el tronco de la real familia de David, a la que José y María pertenecían.

El anciano Samuel profesaba a los dos santos esposos amistad profunda, y singular cariño; acompañados de cierto respeto y veneración, que no podía menos de sentir en su interior siem-

pre que veía o hablaba a María. Visitábalos todos los días, atraído por el celestial ambiente de paz y felicidad que en el humilde taller se respiraba a todas horas. Aquella casita era su centro, como el buen rabino solía decir a su esposa Sara.

Por eso, la llegada del oficial de Herodes con el edicto imperial contrarió tanto al anciano, que sin terminar la explicación que en aquel momento daba al pueblo, dejó el rollo que contenía la divina Ley de Jehová, salió de la Sinagoga, y se retiró a casa pensativo y triste.

Sara se sorprendió cuando vio llegar tan pronto a su esposo, pues hacía pocos instantes que había salido; pero su sorpresa se convirtió en alarma al verlo desplomarse en el asiento, abatido y silencioso.

—¿Te sientes mal, Samuel?—le preguntó la amable esposa.—Estás pálido, y como has venido antes que de costumbre... Llamaré al siervo Levi, y yo voy a preparar...

—No, Sara; no prepares nada. Estoy bien. Ese oficial de Herodes que acaba de llegar...

—¿Un oficial de Herodes en Nazaret? Pues ¿qué sucede?

—Algo que debemos evitar por todos los medios posibles.

—¿Alguna sedición!... ¡Otra vez las armas, y la sangre! ¡El Dios de Israel se compadezca de nosotros!

—No son las armas, Sara; ni la guerra ni... aunque más valiera que los hijos de Israel... ¡Oh, tiempos de David y de los Macabeos! ¿cuándo volveréis?... No vendría ese orgulloso Augusto a humillar a nuestro pueblo con esos edictos que así... ¡Obligar a María y a su esposo a salir de Nazaret!

—¿Cómo!—replicó Sara sobresaltada por las últimas palabras de su esposo.—¿María salir de Nazaret? ¿María, la honra y gloria de nuestro pueblo y de todo Israel?... ¡No lo permita el Dios de nuestros padres!... ¿Qué sería de Nazaret sin María?... Acuérdate, Samuel, de aquellos meses, cuando estuvo ausente en casa de su prima Isabel. Nazaret parecía una ciudad maldecida por algún profeta. La tristeza de nuestras hijas, y la pena de todos los habitantes... ¡Nazaret sin María!... Tienes que impedir ese viaje, Samuel... ¡Y el estado en que se halla, próxima a dar a luz!... ¡No puede ser!...

Todos dicen que ella debe ser la Doncella vaticinada por Isaías, virgen y madre, que dará a luz al Deseado de

las gentes... ¿No dices que las semanas de Daniel tocan a su término?... ¡Que el Dios de Abraham impida ese viaje!... Nazaret recibirá el fruto de su vientre... Háblales, Samuel. Convence a José. María es obedientísima a su esposo... Háblales; y que el gran Jehová ponga las palabras en tus labios.

El anciano Samuel escuchó a su esposa sin la menor interrupción, experimentando la misma complacencia y alegría que experimentaba cuando los habitantes de Nazaret hablaban de María ensalzando sus virtudes. Por lo demás, bien sabía él que si el viaje se realizaba, la ausencia de María y de José ocasionaría gran sentimiento en la pacífica aldea; por eso trataba de evitarlo. La verdadera dificultad con que tenía que tropezar, era precisamente la resistencia de José, quien sin duda alguna emprendería el viaje, si en el edicto imperial vislumbraba la voluntad del Altísimo. Nada sería capaz entonces de detenerlo aunque se tratase de llegar al más desconocido y apartado rincón del mundo. ¡Era tan santo...!

Preocupado por esa idea se encaminó al taller del humilde carpintero. Cuando llegó, acababa de entrar María, que aún tenía en sus manos virginales dos ánforas llenas de agua. En el rostro del anciano se dejó ver la compasión que siempre sentía cuando veía trabajar a aquella criatura celestial. Pero no había remedio. Todo cuanto hasta entonces había querido hacer para librar a María y a José del mucho trabajo a que se dedicaban, le resultó inútil al bueno y caritativo anciano. ¡Cuántas veces les había ofrecido los servicios de Levi, el siervo más fiel de su casa! ¡Cuántas también habíales querido entregar parte de sus abundantes cosechas, con el fin de que viviesen con más comodidad! Todo en vano. Aquellos benditos esposos eran fervientes adoradores del trabajo, y más enamorados de la pobreza que de sus riquezas el avaro.

Samuel, después de saludar a María, le dijo que necesitaba hablar a José sobre un asunto urgente y de interés.

—El Señor Dios de Israel os premió lo mucho que os interesáis por mi esposo,—contestó María dulcemente.

José, al ver entrar en el taller a su buen amigo Samuel, lo recibió con la amable sonrisa de costumbre.

—¿Os habeis enterado del edicto, José?—preguntó el rabino.

—No, Samuel. No sé a qué edicto te referes.

—Al de ese orgulloso Augusto, que se complace en humillar cada vez más a nuestro pueblo.

—Si el Dios de nuestros padres así lo permite...

—Es que se trata de una orden arbitraria, que vosotros no podéis cumplir. ¡Figuraos, José, que os obliga a salir de Nazaret! Y en tiempo de tanto frío! ¡Vaya un edicto caprichoso! ¡Que se empadronen todos en el pueblo de donde proceden!

—¿Eso manda el edicto? Me prepararé, pues, para marchar a Belén.

—¿Cómo!—exclamó Samuel desalentado ante aquella pronta resolución, expresada con tanta naturalidad.—¿Y María? ¿y vuestra esposa?

—También marchará, Samuel; estoy seguro. Podemos, si quieres llamarla, y darle la noticia.

Y sin esperar respuesta, salió José del taller, y momentos después volvió a entrar acompañado de su esposa.

Los dos amigos enteraron a María de la disposición imperial. Samuel pintó con los más negros colores el rigor de la estación; las dificultades y peligros del viaje; la injusticia que se cometía con el pueblo escogido; la sinrazón del edicto de Roma... todo cuanto en aquel momento le inspiró su cariño y amistad, anhelando obtener de María una palabra de oposición al tan temido viaje. Pero el buen anciano quedó descontento, cuando la casta es-

posa de José se limitó a decir con dulzura:

—Si es esa la voluntad del cielo...

—Pero, el estado en que están, el frío, ese peligroso viaje...

—El Angel del Señor será con nosotros.

Samuel se declaró vencido; y ya no pensó sino en preparar las provisiones, a fin de hacer menos penoso el viaje de aquellos santos esposos, y amigos suyos queridísimos; pues estaba segurísimo de que emprenderían el viaje al siguiente día, como en efecto así sucedió.

EL SOLITARIO.

(Continuará).

## TRIPTICO

MARÍA Y SUS TRES MENDIGAS.

### ¡POBRE ESPAÑA!

“**P**ARA vosotros, camaradas fieles, tengo por galardón ¡presa muy buena! llover hicisteis sobre mí laureles, los que tan bien en Austerlitz y Jena

¡Paseo militar! fácil conquista!

Una Nación de desalmados bailes en cuadrillas, sin orden; bien provista de conventos, que son grumos de frailes”.

¡Fallaba el Capitán! se hurtó un detalle a su visión escrutadora y fría: pues España viril, irguiendo el dalle, le segó de raíz su primacia. Bonaparte no vió, que el gobernalle de aquel tosco pontón era ¡MARÍA!

### ¡POBRE IRLANDA!

Bate sus alas, con codicia loca, el Ave de rapiña y al momento, con el extremo de su pico, toca los peldaños que son del firmamento.

De allí dirige, en paz, mirada aguda, y a impulsos de propósitos ladinos, sobre la verde Erin cae sañuda, con ansias de furentes salvajinos.

El seno desgarrado, sus mortales restos doquier se avientan: y ¡por varios siglos dura el crisol de tantos males!

Pero su fe y su amor, extraordinarios, a MARÍA, Dios premia, con caudales de luz viva animando sus osarios.

### ¡POBRE FILIPINAS!

Hirviendo de placer y de contento Filipinas, en medio de su nada, entona con amor dulce concerto de lauros a MARÍA INMACULADA.

Mi Patria ¡tiene fe! ¡sabe de cierto! que en sus presentes recias amarguras ¡gérmenes de dolor y desconcierto! se engloban de mañana las venturas.

Y todo aquel que, viendo sus incurias, ¡indigno y sin piedad! se atreva insano, a befar con desdenes sus penurias,

sepa que es una ley, ¡tarde o temprano, a pesar del borrón de las injurias, logra su fin un pueblo que es MARIANO!

UN FILIPINO.

# Ayude Usted

a cristianizar a los igorotes, dando sus trabajos de imprenta a la

## CATHOLIC SCHOOL PRESS

Governor Pack Road

BAGUIO, Mt Pr.